

reses del panamericanismo la prosecución de los Congresos Estudiantiles como un medio de preparar a las generaciones jóvenes en el conocimiento de los asuntos que atañen al Continente y como una contribución a la formación del espíritu fraternal y homogéneo en que deberán ser estudiados y resueltos los problemas de la vida americana.

II. Solicitar de los respectivos Gobiernos que presten su apoyo moral y financiero a las Federaciones de Estudiantes y a sus demás Corporaciones permanentes para que éstas puedan mantenerse organizadas, hacer sus publicaciones y preparar los Certámenes Continentales que esta Conferencia estima coadyuvantes en la obra panamericanista en que está empeñada.

Hubiesen terminado aquí nuestras labores de no haber sugerido la Delegación de El Salvador un acuerdo evidentemente simpático a todo espíritu sutil, que logró unanimidad de pareceres. Podría tal vez argumentarse que nos excedemos de la extensión que atribuimos al tema XIII al volver a interpretarlo en este instante, pero nadie negará por entenderlo paradójico, que todos los temas del programa de la Conferencia están ligados con el capítulo que alude a medidas tendientes a una estrecha asociación continental, y más aún, que el programa y la Conferencia misma están subordinados a una suprema aspiración, que nos reúne ahora en esta hospitalaria casa: la fraternidad americana o el «panamericanismo categórico», que es, en síntesis, el aliciente del dictamen de la Delegación del Salvador: introducir en la escuela primaria la enseñanza del alma de América, y fomentar, por las relaciones epis-

tolares entre los niños de todas nuestras patrias hermanas, los indestructibles vínculos de la solidaridad interamericana.

La Comisión, de esta suerte, no vacila en elevar al mejor acuerdo de la Quinta Conferencia Internacional Americana la siguiente y su última resolución:

I. Inclúyase en los programas de enseñanza primaria de los países de América la asignatura de la *Fraternidad Continental*, materia que puede ser dictada en los aniversarios de las grandes fechas americanas, a fin de infundir en los niños el cariño y respeto por los pueblos semejantes.

II. Tratar por todos los medios posibles, y principalmente por aquellos que proporciona la escuela, de hacer que los niños establezcan relaciones epistolares con los niños de otros países continentales.

III. Hágase una especie postal, libre de franqueo, que pueda adherirse a las tarjetas postales que representen efemérides nacionales, escudo de armas, retratos de próceres, banderas, etc., a fin de que usándolas los escolares difundan la historia patria y cultiven el conocimiento recíproco.

Respetuosamente presentado.—PEDRO CÉSAR DOMINICI, Presidente; MÁXIMO SOTO HALL, Vicepresidente; MANUEL MÁRQUEZ STERLING, ALCIBÍADES ROLDÁN, NARCISO GARAY, LEO S. ROWE, GEORGE E. VINCENT, J. ANTONIO BUERO, JUSTINO JIMÉNEZ DE ARÉCHAGA, RAFAEL MARÍA ARÍZAGA, ARTURO ELIZONDO, ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS, A. DE IPANEMA MOREIRA, LAUREANO GÓMEZ, HIGINIO ARBO, TULIO M. CESTERO, BENJAMÍN VILLASECA MUJICA, MANUEL E. MALBRÁN; secretario: señor EZEQUIEL FERNÁNDEZ.

El Estado y la sanidad ⁽¹⁾

LA campaña—iniciada por el doctor Navarro Fernández—, la campaña de propaganda sanitaria prosigue en su marcha. Prosigue con el respeto, con la simpatía, con el fervor de la opinión. Desfilan por el escenario de los teatros madrileños oradores de todas tendencias, de todos los partidos, y se les escucha con profunda atención a todos. Esta campaña plantea en el ánimo del ciudadano reflexivo un previo problema: el problema del Estado y de la Nación. Uno de los oradores, en esas reuniones populares ha tratado este tema, en réplica cortés, respetuosa, afectuosa, a José Ortega y Gasset, ilustre y querido compañero. ¿Es todo igual, uniforme, sin diferenciación de peor a mejor, en una sociedad? No: nos resistimos a ver igualdad, uniformidad, en un agregado social cualquiera. Nos resistimos a ver paridad entre la

Nación y el Estado. ¿Que es todo igual en la Nación y el Estado? ¿Que los ciudadanos del Estado y de la Nación son los mismos ciudadanos, idénticos en sus ideas, en sus sentimientos, en su moral, en su idealidad?

Si admitimos esa identidad, esa uniformidad en un agregado social, ¿cómo explicaremos el progreso? Si todo es igual, no hay lugar a la diferenciación. Y sin diferenciación, sin oposición, oposición de lo mejor a lo malo, de lo nuevo fecundo a lo viejo caduco, no puede haber avance social. Imaginad una sociedad en que no existe un elemento de diferenciación y habréis imaginado el marasmo, la inercia, la inmovilidad. Imaginad un todo social en que exista, por pequeño que sea, por tenue que sea, casi invisible, evanescente casi, un núcleo mejor que el resto del país, y tendréis una sociedad que está en marcha, marcha lenta, trabajosa, afanosa; pero, al fin, marcha segura e indudable. Y a ese núcleo, a esa luz

casi invisible, a esa alborada de conciencia, a esos elementos de diferenciación, ¿cómo queréis que los llamemos? ¿Los llamaremos Nación, para oponerlos al Estado, al resto del país retardatario y decrepito? ¿Los llamaremos «España vital, sincera y honrada»? El nombre no empecerá nada a la realidad. La realidad existirá. Y esa realidad—lo repetiremos con firme convicción—será la oposición fecunda y bienhechora de un impulso naciente, nuevo, hacia una modalidad vieja, gastada y decrepita.

¿Existe en España ese anhelo, ese generoso impulso? Existe, y es cada vez mayor. Y en este punto somos fervientemente optimistas. Lo somos cuando volvemos la vista al pasado y contemplamos lo que era España hace treinta años y lo que es ahora. La librería, la industria, el comercio, la navegación, todo ha crecido en grado esplendoroso. Y lo que vale más que todo lo enumerado: existen ahora una porción de preocupaciones sociales, que no existían, ni en tal cantidad ni en tal intensidad, hace medio siglo. ¿Ha caminado con la misma celeridad nuestra política. ¿Es la España oficial mejor ahora que en 1870? El ambiente de generosidad, de idealidad, de romanticismo que de 1812 a 1870 se ha respirado en nuestra política, ¿se respira ahora? Hombres que sacrificaban la paz de su hogar, su fortuna, su vida; hombres que luchaban en la Prensa, en las barricadas ciudadanas, en los campos de batalla; hombres que, después de haber ocupado grandes posiciones políticas, morían pobres, ¿pueden ser comparados a los hombres de ahora?

Sí; en nuestro país existe, al lado de la España oficial, una España vital, sincera y honrada. La oposición entre el Estado y la Nación es evidente. Y es a la Nación a quien debemos dirigirnos en nuestras campañas humanitarias en favor de las mujeres y de los niños, en favor de la raza. La mujer es un elemento esencialísimo en esta propaganda. Se halla íntimamente ligado el problema de las reivindicaciones femeninas a la cuestión sanitaria. Cuando la mujer tenga una influencia mucho mayor que ahora tiene en la vida social, en la vida política, problemas trascendentales que afectan íntima y profundamente a la raza, a la especie, entrarán rápidamente en vías de solución. Esos problemas son, por ejemplo, el del peligro venéreo y el del alcoholismo.

Pero al tratar de las reivindicaciones pesimistas, lo mismo que al considerar la cuestión sanitaria, debemos colocarnos en un terreno de posibilidades inmediatas. Por intentar un quimérico imposible, no debemos dejar escapar un logro factible, modesto, pero sólido

(1) Véase en el REPERTORIO AMERICANO número 5 del tomo en curso, otro artículo de Azorín, titulado *La propaganda sanitaria*.